

La historia del cristianismo es, en buena medida, la historia de una pregunta:

¿QUIÉN ES JESÚS?

Desde sus orígenes, la Cristología se ha movido entre dos **ejes inseparables: la Persona de Cristo y su obra.** Sobre lo segundo, los primeros discípulos jamás vacilaron. Los evangelios y, sobre todo, el libro de los Hechos, transmiten con asombrosa unanimidad que Jesús vino a traer salvación eterna y a establecer su Reino. Así lo había proclamado el ángel sobre los campos de Belén **☞**—«que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor» (Lucas 2:11)— y así lo declararía, años más tarde, Pedro ante el Sanedrín con palabras que se grabarían en la memoria de la Iglesia: **☞**«Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12).

Pero la persona de Jesús fue, desde muy temprano, otro asunto. Apenas habían pasado unas décadas desde la cruz cuando las preguntas comenzaron a multiplicarse en las comunidades cristianas dispersas por el Mediterráneo: ¿Es Jesús Dios? ¿Es hombre? ¿Son dos personas habitando un mismo ser? ¿Fue acaso un espíritu revestido de apariencia humana? El propio apóstol Juan, todavía con vida, se vio obligado a tomar la pluma y zanjar la confusión con una advertencia que resonaría durante siglos: «Para saber si el mensaje que se nos comunica procede del Espíritu Santo, debemos preguntarnos: ¿Reconoce el hecho de que Jesucristo, el Hijo de Dios, se hizo hombre de verdad?» (1 Juan 4:2).

El presente recorrido sigue la evolución de la doctrina sobre la persona de Jesús desde el siglo I hasta nuestros días, atravesando tres grandes etapas:

33 AL 500 D.C.

La primera, que se extiende del año 33 al 500 d.c., escenario de las grandes controversias fundacionales.

501 AL 1600 D.C.

La segunda, del 501 al 1600, marcada por la consolidación y los nuevos desafíos externos.

1601 HASTA HOY

La tercera, del 1601 hasta hoy, dominada por la razón ilustrada y la crítica moderna.

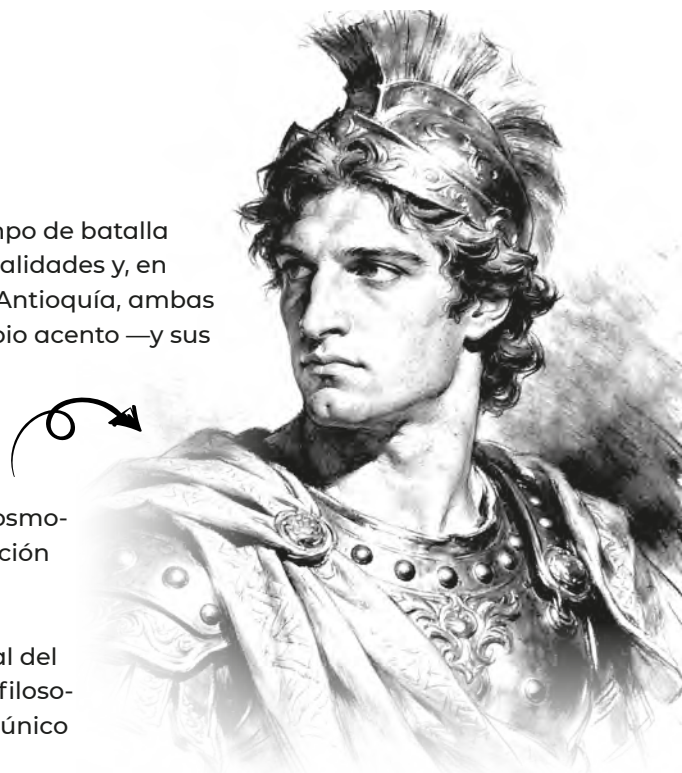
PRIMER PERÍODO: AÑO 33 AL 500 D.C.

Los primeros cinco siglos de la era cristiana fueron, ante todo, un campo de batalla doctrinal. En ese vasto escenario sobresalían tres ciudades, tres mentalidades y, en buena medida, tres maneras distintas de mirar a Cristo: Alejandría y Antioquía, ambas de habla griega, y Roma, de habla latina. Cada una aportaría su propio acento —y sus propias herejías— a la gran pregunta cristológica.

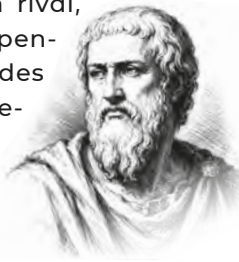
A. EN ALEJANDRÍA:

Alejandría, fundada por Alejandro Magno y heredera de su espíritu cosmopolita, llevaba siglos siendo el gran centro de erudición y de investigación filosófica del mundo griego.

Hacía tiempo que había destronado a la antigua Atenas como capital del pensamiento; en sus bibliotecas y plazas se cruzaban las religiones y filosofías del Mediterráneo y del Cercano Oriente, fundiéndose en un crisol único en la historia.



Sobre esa ciudad reinaba, casi sin rival, el neoplatonismo: un sistema de pensamiento que concebía a las deidades como entidades perfectas, inmateriales e inalcanzables, mientras los seres humanos quedaban presos de sus límites de poder y conocimiento.



En ese ambiente, los cristianos alejandrinos contemplaron a Jesús, sobre todo, como un emisario de lo alto: total y verdaderamente divino. Su humanidad, decían, no era más que el vehículo necesario para cumplir su misión celestial y comunicarse con los hombres. Empujados por esa lógica, no pocos teólogos estuvieron dispuestos a sacrificar la humanidad de Cristo con tal de exaltar su deidad.

De ese suelo brotó una de las primeras grandes tergiversaciones que enfrentó la Iglesia: el Docetismo, surgido entre los siglos I y II d.C. Su tesis central era tan radical como inquietante: Jesús no tuvo un cuerpo físico real, sino que solo parecía tenerlo. Su humanidad era una ilusión.

Bajo el influjo del dualismo gnóstico, los docéticos sostenían que Cristo era puramente espiritual y que jamás pudo haberse encarnado de verdad en materia física, pues consideraban esa materia mala o, en el mejor de los casos, inferior. Para ellos, el sufrimiento y la muerte en la cruz no fueron sino apariencias; un ser divino, argumentaban, no podía padecer ni morir. Algunos afinaron aún más la idea y enseñaron que el Cristo espiritual había abandonado al Jesús humano momentos antes de la crucifixión. Y, por consiguiente, negaban la resurrección corporal: si no hubo cuerpo real, no había nada que resucitar.

Las consecuencias eran demoledoras. Si Jesús no había sufrido realmente, no había habido expiación verdadera por el pecado; no había habido resurrección corporal; y, en última instancia, la salvación misma quedaba sin fundamento histórico ni físico sobre el cual sostenerse.



B. EN SIRIA DE ANTIOQUIA:

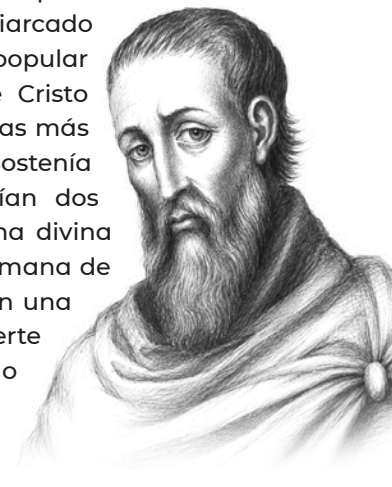
Antioquía de Siria respiraba un aire muy distinto al de Alejandría. Su cercanía con Galilea, las constantes caravanas y peregrinaciones entre ambas regiones, hacían que la figura humana de Jesús se sintiera allí casi al alcance de la mano. La memoria de un Cristo que había caminado por aldeas reales, que había comido pescado y llorado ante una tumba, pesaba más que cualquier abstracción filosófica.

Por eso, los teólogos antioqueños defendieron con firmeza que Jesús era completamente hombre.

Pero ahí mismo se topaban con una dificultad que no podían eludir: conocían, por la tradición clásica y por la propia Escritura, que Dios era impasible e inmutable. ¿Cómo, entonces, podía lo divino —eterno, inalterable— hacerse verdaderamente humano sin dejar de ser Dios?

Forzados a resolver ese enigma, algunos llevaron el énfasis humano hasta un extremo peligroso: llegaron a imaginar que Jesucristo era, en realidad, dos personas habitando un solo ser —una naturaleza disyuntiva, dirían después—. Esta deriva tomaría nombre con el tiempo: el nestorianismo.

Su impulsor fue Nestorio, un monje sirio de vida austera y palabra encendida que en el año 428 d.C. fue elevado al patriarcado de Constantinopla. Predicador popular e íntegro, su enseñanza sobre Cristo encendió una de las controversias más ruidosas de la Iglesia antigua. Sostenía Nestorio que en Jesús convivían dos personas separadas —la persona divina del Hijo de Dios y la persona humana de Jesús de Nazaret— unidas no en una sola naturaleza, sino en una suerte de alianza moral y volitiva, como dos compañeros que hubieran decidido cooperar bajo un mismo techo.



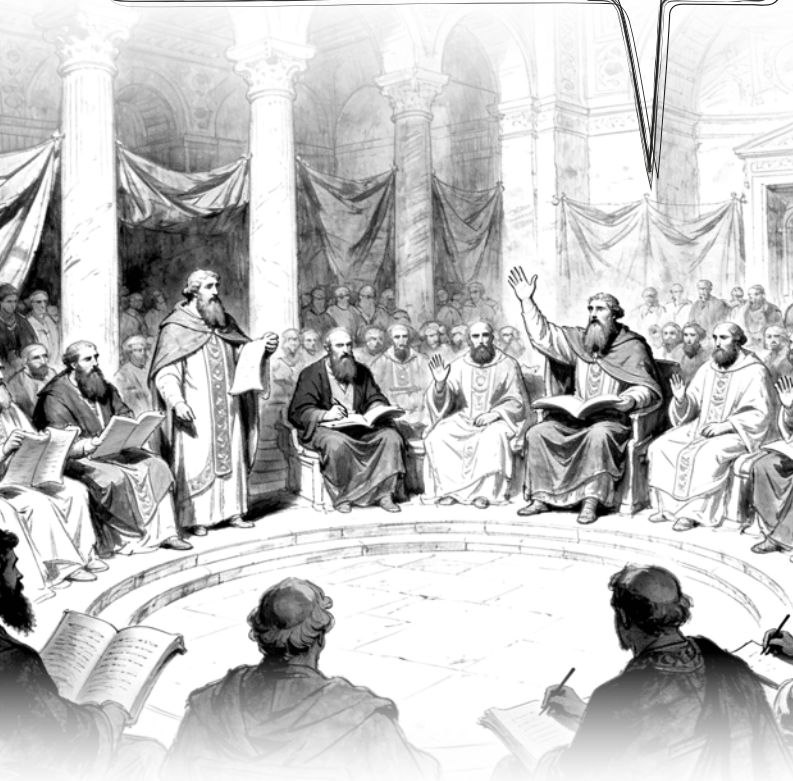
Las objeciones no tardaron en multiplicarse, y todas apuntaban al corazón mismo del Evangelio. Si Cristo era dos personas, ¿cuál de ellas había muerto en la cruz? Si la expiación del pecado recayó sobre la persona humana, ¿cómo podía esa muerte alcanzar para borrar los pecados de toda la humanidad? Y si era Dios mismo quien expiraba en el madero, ¿qué suerte corría entonces la persona de Jesús?

C. EN ROMA:

En Roma, en cambio, las cosas parecían verse con mayor claridad. Fue allí donde Tertuliano, ya a finales del siglo II, se atrevió a formular por escrito que en Jesús había "dos naturalezas en una sustancia". La fórmula aún no estaba del todo madura, y harían falta dos siglos más para que San Agustín la perfeccionara y la legara a la posteridad como "dos naturalezas en una persona".

Con ello quedó dicho lo esencial: Jesús fue completamente divino y completamente humano, y esas dos naturalezas estaban unidas de tal modo que jamás podrían separarse. Aquella síntesis, fruto de siglos de polémicas, encontró al fin su consagración oficial en el concilio de Calcedonia, reunido en el año 451 d.C. Sus padres, después de largas deliberaciones, proclamaron solemnemente:

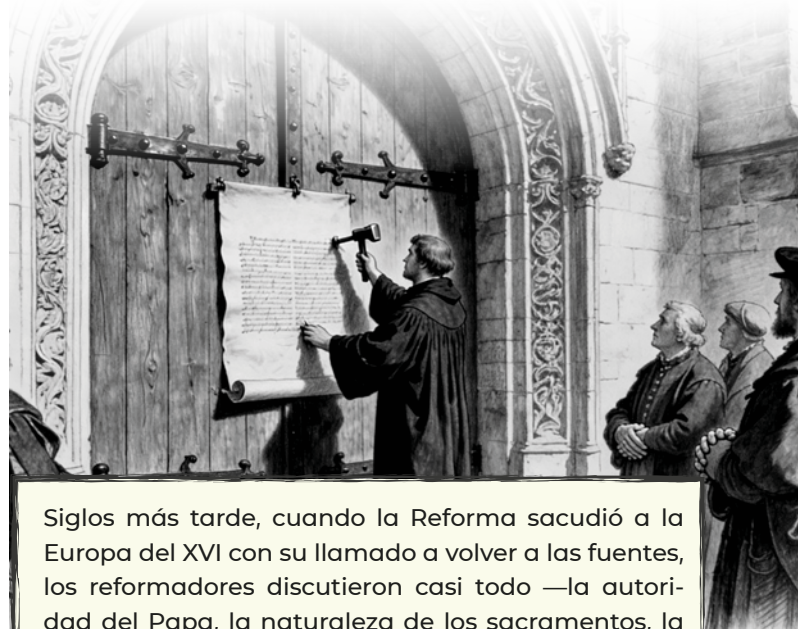
"...ENSEÑAMOS TODOS A UNA VOZ QUE SE HA DE CONFESAR A UNO Y EL MISMO HIJO, NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, EL CUAL ES PERFECTO EN DIVINIDAD Y PERFECTO EN HUMANIDAD; VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE. DE IGUAL SUSTANCIA (NATURALEZA) AL PADRE SEGÚN SU DIVINIDAD, Y EL DE LA MISMA SUSTANCIA (NATURALEZA) A NOSOTROS SEGÚN SU HUMANIDAD; SEMEJANTE A NOSOTROS EN TODO, PERO SIN PECADO ALGUNO."



SEGUNDO PERÍODO: DEL AÑO 501 AL 1600 D.C.

Pasados los grandes concilios, la antigua iglesia copta de Egipto legó a la cristiandad una expresión que terminaría haciéndose universal: el "Verbo Encarnado, completamente divino y humano, en una sola persona". La fuerza de la fórmula no era casual. La palabra "encarnado" provenía, curiosamente, del lenguaje militar: se aplicaba a la flecha que se incrustaba en el cuerpo del soldado, de tal modo que el hierro y la carne quedaban inseparablemente unidos. Así, decían, ocurría en Cristo: dos naturalezas distintas —lo divino y lo humano— fundidas para siempre en una sola persona.

Sin embargo, en el siglo VII, una nueva voz se alzó desde Arabia y sacudió los cimientos del mundo religioso conocido: Mahoma comenzó a predicar que Jesús no había sido más que un profeta entre otros, completamente humano y en modo alguno divino. Con el vertiginoso avance del islam por el Mediterráneo y el Cercano Oriente, esta negación de la deidad de Cristo se convirtió en la mayor amenaza externa que la doctrina cristológica hubiera enfrentado hasta entonces.



Siglos más tarde, cuando la Reforma sacudió a la Europa del XVI con su llamado a volver a las fuentes, los reformadores discutieron casi todo —la autoridad del Papa, la naturaleza de los sacramentos, la justificación por la fe—; pero en lo concerniente a la persona de Cristo, permanecieron firmemente anclados en la doctrina de Calcedonia.

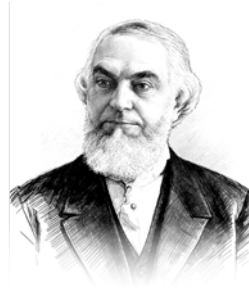
TERCER PERÍODO: DEL AÑO 1600 A NUESTROS DÍAS

Pese al imparable crecimiento del islam, los siglos siguientes transcurrieron en una aparente tranquilidad doctrinal dentro del mundo cristiano. Esa calma, sin embargo, se quebró con la llegada de la Ilustración.

El racionalismo moderno, embriagado por la confianza en la razón humana, se negó a aceptar que un hombre real pudiera ser, al mismo tiempo, verdaderamente Dios. De aquella nueva mentalidad surgieron, ya en el siglo XIX, corrientes que rompieron abiertamente con el dogma cristológico histórico:



● Los mormones comenzaron a enseñar que Jesús era una criatura de Dios.



● Los Testigos de Jehová negaron rotundamente su divinidad.

Pero el golpe más profundo no vino de las sectas, sino del corazón mismo de las grandes universidades europeas. Allí, los teólogos liberales emprendieron un proyecto que pasaría a la historia con el nombre de "la búsqueda del Jesús histórico". Convencidos de que los evangelios reflejaban, más que la realidad, la fe de las primeras comunidades, se propusieron escarbar tras esos textos para reconstruir al Jesús de Nazaret "real" —el hombre, no el Cristo confesado por la Iglesia—, tal como habría sido conocido por sus contemporáneos. En el fondo, aquel movimiento pretendió demostrar que la historia había "divinizado" a un Jesús que, originalmente, no habría sido más que un hombre. La discusión abierta entonces, lejos de extinguirse, sigue resonando hasta nuestros días. En otras palabras, se trataba de buscar al Jesús "terrenal". Los principales teólogos liberales de aquel tiempo basaban su tesis que había un Jesús más terrenal basada en las siguientes premisas:

- a) En los tiempos de Jesús, un tiempo en el que no había una perspectiva razonable de lo que era posible y lo que no, la gente se sentía rodeada de milagros y
- b) que en esos tiempos había muchas cosas que no se entendía y que hay que verlas como maravillosas, pero no como milagros.

UNA CONVICIÓN BÍBLICA-TEOLÓGICA

1. DE LA NATURALEZA DIVINA A LA NATURALEZA HUMANA

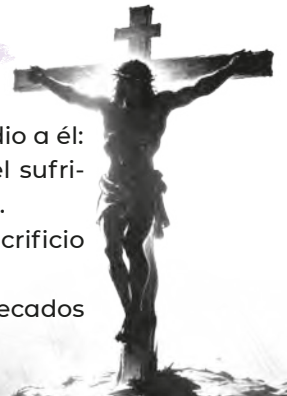
Aunque la naturaleza humana de Jesús no cambió en su carácter esencial, debido a que estaba unida con la naturaleza divina en la persona de Cristo, **la naturaleza divina de Jesús ganó.**

- a) De conocerlo "cara a cara" y la dignidad de ser adorado más cercanamente.
- b) La incapacidad de pecar **☞** ("Dios es luz, y no hay *ningunas tinieblas en él*". 1 Jn. 1:5), las cuales no pertenecen en ningún sentido a los seres humanos.

2. DE LA NATURALEZA HUMANA A LA NATURALEZA DIVINA

La naturaleza humana de Jesús le dio a él:

- a) La capacidad de experimentar el sufrimiento y la muerte y la resurrección.
- b) La capacidad de ser nuestro sacrificio sustitutivo.
- c) La capacidad de perdonar los pecados de los hombres en la cruz, o que solo Jesús como Dios podía haber hecho.



CONCLUSIÓN

Al final de este largo estudio, puede resultar fácil para nosotros perder de vista lo que de verdad se enseña en la Biblia. El milagro más asombroso de toda la Biblia, mucho más asombroso que la resurrección e incluso que la creación del universo es el hecho de que el eterno, omnipotente e infinito Hijo de Dios pudiera hacerse hombre y unirse a la naturaleza humana para siempre, de tal manera que el Dios infinito se hiciera una persona con el hombre finito, permanecerá por toda la eternidad como el más profundo de los milagros y el más profundo de los misterios del universo.

PREGUNTAS:

1 ¿Hay algún aspecto que entiendes más completamente acerca de la deidad de Jesús? Compartan en grupo.

2 ¿Hay algún aspecto que entiendes más completamente acerca de la humanidad de Jesús?

3 Bajo este nuevo entendimiento, ¿Qué áreas de tu vida crees que puedes confiarle a Jesús?
